

Don Félix Boix

Ha muerto D. Félix Boix. Pero, ante el hecho brutal e irreparable, aún pugna por no rendirse la razón de cuantos ayer todavía gozábamos la visión admirable de su inteligencia clara y penetrante, de su juicio sereno, de su fina sensibilidad, de su voluntad enérgica, de su bondad, de todas las altas cualidades, en suma, de su elevado espíritu.

En D. Félix Boix pierde el Cuerpo de Caminos, del que era inspector honorario, uno de sus más gloriosos prestigios, y España, uno de sus guías más admirables y eficaces. Porque es una de las características más acusadas y típicas de la vida social del presente el desplazamiento de la función rectora más real y efectiva del conjunto social, desde las actividades propiamente políticas, a otras formas menos notorias de la vida pública, y en especial a dos: la gestión de grandes núcleos de intereses, con su escuela del mando sobre grandes núcleos de hombres, y la función puramente intelectual, docente, de la siembra de ideas. Y en ambas eminentes actividades es figura D. Félix Boix de primera magnitud, como director, a lo largo de treinta años, de la empresa industrial más vasta del país, y como propagador, a lo largo de toda su vida, del culto a las Bellas Artes, y educador, en ellas, de la sensibilidad general.

Nació D. Félix Boix en Barcelona, el día 26 de mayo de 1858, siendo su padre el ingeniero de Caminos D. Elzeario Boix, de meritoria actuación profesional y autor de muy notables publicaciones sobre construcción. La tradición familiar, confirmada en una viva y firme vocación personal, le trajo a la Escuela de Caminos, donde su inteligencia y su laboriosidad hicieron su carrera rápida y brillantísima. A los veintidós años, en 1880, terminaba sus estudios con nota de Sobresaliente y número uno en su promoción.

Su labor profesional se inicia en la Jefatura de

Obras públicas de Valencia. Vuelve a poco a la Escuela, de profesor auxiliar, y, tras una breve pero brillante actuación en ella, pasa a dirigir la construcción de los canales de la vega de Lorca. Desempeña algún tiempo la jefatura del Negociado de Carreteras, en el Ministerio de Fomento, y, terminada esta breve fase inicial de orientación, en 1888, comienza su larga y gloriosa carrera ferroviaria, encargándose de la construcción del ferrocarril de Plasencia a

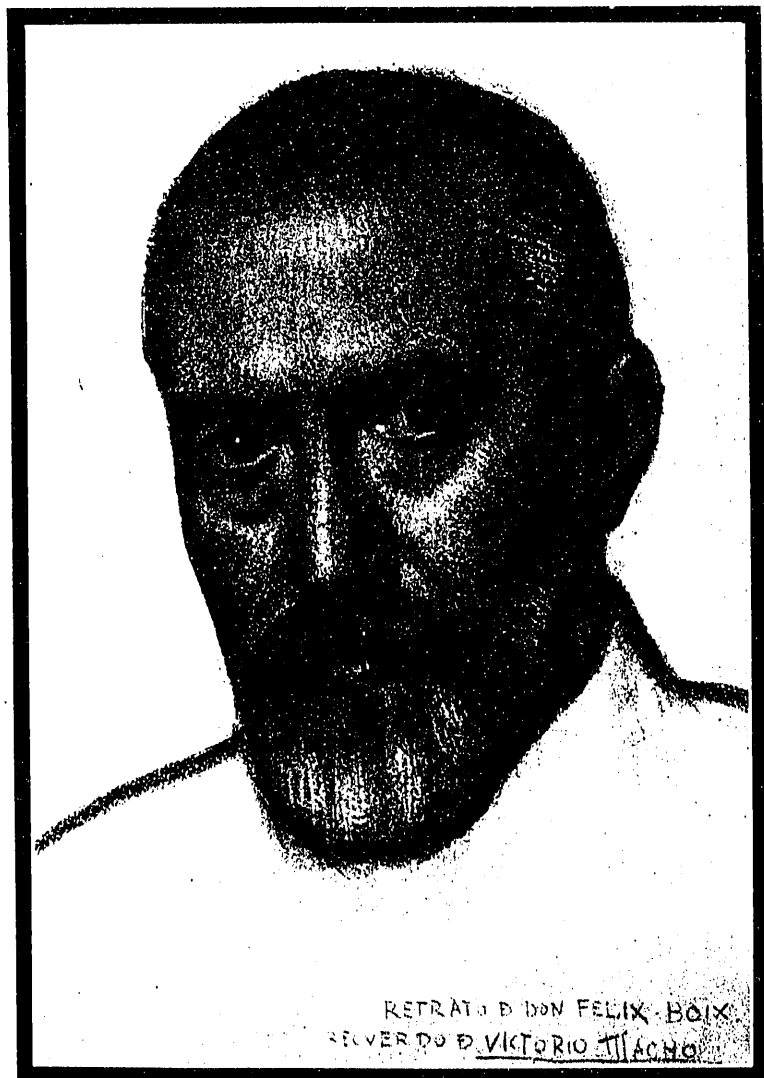
Astorga. En 1891 entra a ocupar la dirección técnica de la Compañía de Madrid, Cáceres y Portugal, al frente de la que permanece hasta el 1.º de abril de 1904, en que es llamado a la Dirección del Norte, como director adjunto, y en 1.º de junio de 1908 es nombrado director.

A partir de este momento, puede decirse que la historia de D. Félix Boix, emparejada con la de la recia y admirada figura de D. Eduardo Maristany, es la historia de los ferrocarriles españoles; españoles, hasta entonces, sólo por estar trazados sobre nuestro suelo y servir de red circulatoria a la savia de nuestra economía, comienzan a serlo plenamente cuando entra entonces a regirlos la intelectualidad española, para ultimar su

integración nacionaliza-

ción, ya muy recientemente, hace apenas quince años, cuando, merced a la labor del selecto equipo de ingenieros españoles que figuran a su frente, el capital español se decide a adquirirlos y halla coyuntura favorable para ello.

Al entrar D. Félix Boix en el Norte, la obra de Isaac Pereire conserva firme y vigoroso su sello francés. Integro está en la sucesión de directores que desde 1859 a 1908 rigen sus destinos: Fournier, Desorgeries, Noblemaire, Pirel, Lionnet, Guillaume, Barat, Aubert, Bachy y Waldmann. En junio de 1908, el nombre de Boix viene a cerrar esta



lista, índice del enfeudamiento al extranjero de una de las piezas de la economía española más esenciales y más ligadas a la soberanía nacional.

Poco después de 1908 se inicia, además, la época de mayor auge y prosperidad del Norte, que culmina en los años más recientes. Tanto en el aspecto técnico, de extensión de la red que explota, perfección de sus instalaciones, obras y material y calidad del servicio prestado, como en el aspecto social, de situación de su personal e instituciones de previsión y beneficencia de todo orden, y en el económico-financiero, de progreso de sus ingresos y beneficios y alta estimación de sus valores, la Compañía del Norte conoce su período más feliz bajo la gestión de D. Félix Boix. Y ello a pesar de que, con Boix al timón, el Norte ha de arrostrar el temporal de la guerra europea, que, imprimiendo una febril actividad a toda la producción y el comercio nacionales, y cortando a la vez la navegación de cabotaje, puso, como es sabido, a nuestros ferrocarriles, y muy singularmente al Norte, en trance de muerte por congestión; y ha de arrostrar también las tormentas sociales de 1912 y 1917 y las perturbaciones económicas de la postguerra, y, en época más reciente, la agudización de las pugnas sociales y la competencia de los transportes por carretera, francotiradores descargados de las rígidas trabas ordenancistas y fiscales que abrumaban al ferrocarril.

De todas estas duras luchas, la inteligencia luminosa y profunda y la serena energía de D. Félix Boix hacen salir al Norte victorioso; y no creo ofuscación de la admiración, el respeto y el afecto que su recuerdo me inspiran, ni olvido de los méritos de sus colaboradores, el afirmar que ese período de pujanza y prosperidad del Norte máximas, en su historia de tres cuartos de siglo, han sido, ante todo, la obra personalísima de D. Félix Boix. Empresa de sus amores el Norte, la preocupación de sus asuntos y el nombre de sus más entrañables colaboradores en él, Olanda, Fontao y Grasset, han estado en su mente y en sus labios hasta en los instantes dolorosos en que su espíritu se debatía en las angustias precursoras del tránsito supremo.

Pero la actuación profesional y ferroviaria de don Félix Boix no se ha limitado al Norte, con ser en él tan amplia. El magno problema, aún en gestación, de la ordenación del sistema ferroviario español lleva

la aportación valiosísima de los trabajos de D. Félix Boix en el Consejo Superior de Ferrocarriles, y, directa o indirectamente, en cuantas Comisiones y Asambleas se han ocupado de él de modo autorizado. La sabiduría, el tacto y la prudencia que puso en tan trascendentales negociaciones, por fuerza han de tener en todos los gestores de ellas una feliz fuerza de ejemplaridad.

Era también D. Félix Boix miembro de la Comisión permanente de la Asociación internacional de los Congresos de Ferrocarriles, como personalidad internacional destacadísima en el mundo del ferrocarril.

De su personalidad en el campo de las Bellas Artes nada he de decir, pues el acierto de la REVISTA de reproducir la autorizada semblanza trazada por el señor Menéndez Pidal, con ocasión del ingreso de don Félix Boix en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, me dispensa, por fortuna, de ello.

Si quiero destacar el hecho de que las personalidades poderosas y ágiles, como la de D. Félix Boix, como la de D. José Echegaray, cuyo centenario celebrábamos ayer en estas mismas columnas, que logran, sin merma de la profundidad de sus conocimientos ni de la fecundidad de su labor, alzarse sobre la limitada actuación de especialista en que ha de encerrarse para dar fruto el profesional de filas, alcanzan con ello, no tan sólo una más amplia expansión de su obra y un más bello sentido de la vida —la visión integral semidivina de las cosas, de que habla Goethe—, sino, además, a dar un sello de genial y fértil humanidad a todas y cada una de sus obras concretas. Y ese sello genial, que el Sr. Menéndez Pidal advierte en la obra artística de Boix, "espíritu práctico, lógico e investigador, que, amando las artes en alto grado, desea siempre hacer labor fecunda en su beneficio", lo hemos admirado también en su labor de ingeniero, potenciada y hecha más fecunda por su fina sensibilidad de artista y su indulgente sentido humano.

Don Félix —séame permitida la denominación respetuosa e íntima a la vez con que vivirá siempre en el recuerdo de todos los suyos— ha muerto, tras una bella y fértil vida, con la serena entereza del espíritu superior y del buen cristiano.

Descanse en paz, y hagámosle los suyos, como cantó el poeta y él hubiera querido, un dúo de labores y esperanzas.

Federico REPARAZ

La personalidad de Don Félix Boix en Arte

Semblanza, por D. Luis Menéndez Pidal, con ocasión de la recepción del Sr. Boix en la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

La febril actividad desarrollada por D. Félix Boix en los primeros años del ejercicio de su profesión aún le dejaba tiempo para consagrarse a los estudios relacionados con las Bellas Artes, y para satisfacer ese natural deseo, propio de los que las estiman, de rodearse de sus producciones y vivir en contacto suyo, deleitándose así en el pleno goce de sus bellezas, pues, quien verdaderamente ama, no se contenta sino

con la total posesión del objeto amado. He aquí por qué, en aquellos años antes de mediar su vida, comienza a formar las colecciones que hoy posee, haciendo serio estudio de las especialidades que abarcaban, siguiendo un régimen de depurada selección.

Bajo método tan severo, y con propósito de constituir las principalmente por ejemplares del arte patrio, reúne sus valiosas agrupaciones de cuadros españoles y dibujos de todas épocas y escuelas; de libros de arte y de libros y encuadernaciones españoles; de estampas producidas en España y de loza de las antiguas fábricas de Talavera y Alcora. Todas